



Ecuador Crece Contigo
Fundación



Tejidos
de Vida



**Dolores
Nazate**



Dolores Nazate:

la fuerza de trenzar comunidad

Trenzar es acercar hilos distintos hasta lograr que se sostengan entre sí. Uno aporta la memoria, otro la experiencia; uno abre camino y otro evita que el tejido se rompa. En La Ferroviaria (La Ferro), al sur de Quito, Dolores Nazate, “la Lola”, una mujer indígena del pueblo Karanki, ha pasado buena parte de su vida haciendo eso: reuniendo personas, saberes y voluntades alrededor de los problemas cotidianos.

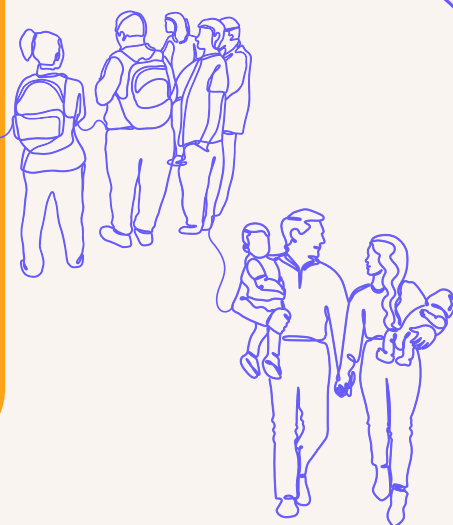
En el barrio su nombre aparece cuando una familia necesita orientación, cuando una vecina busca ayuda o cuando queda algo pendiente por resolver. “Salgo a botar la basura y los vecinos empiezan a contarme lo que quisieran del barrio”. Ella escucha con atención y comienza a pensar a quién llamar, qué puerta tocar o qué organización puede acompañar, porque para Lola,

“

Lo comunitario es estar in situ, estar en el barrio, conocer dónde está tu primera vecina, quién murió, quién vivió.

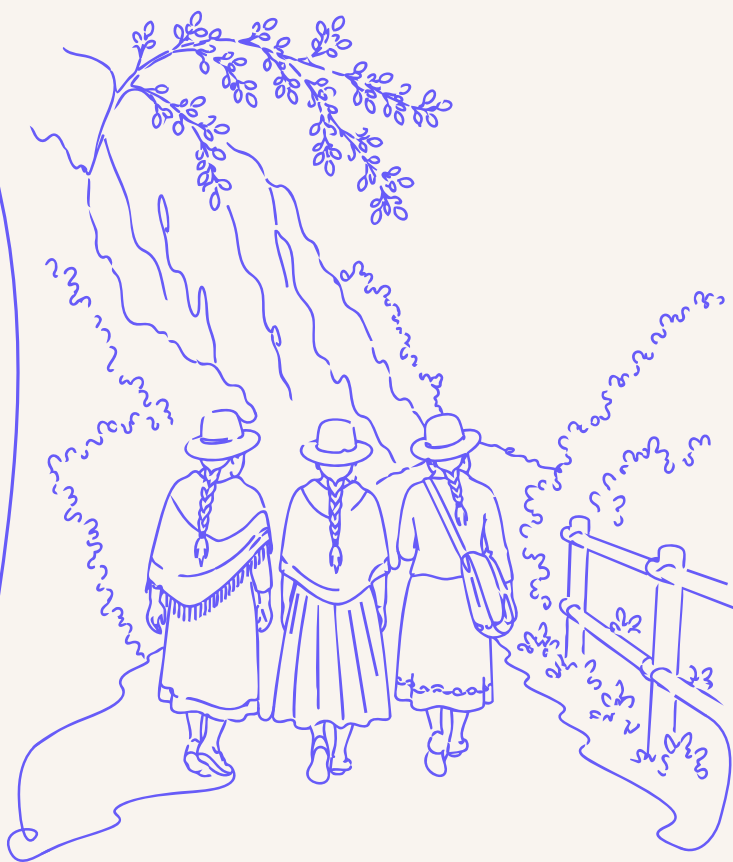
”

Escucha la historia de Dolores



Antes de que existiera la calle

Lola nació en Imbabura y llegó hace alrededor de 40 años a La Ferroviaria, el barrio que su padre ayudó a fundar y donde ella lleva más de 25 años vinculada a la dirigencia comunitaria.



Antes de las reuniones y las gestiones está el recuerdo del lugar en el que creció. “Esta calle que tú ves antes no existía, era el chaquiñán”. Por allí bajaban, todavía de madrugada, las mujeres que trabajaban como vendedoras en el Camal. Caminaban cerca de quince minutos hasta encontrar un sitio donde tomar el bus. Algunas hacían el trayecto embarazadas; otras llevaban la carga del día y dejaban a sus hijos bajo el cuidado de familiares.

La Ferro tenía el rostro de esas mujeres. **“Aquí la mamá va a vender al mercado, se levanta a las cinco, carga la guagua y se va”.** La falta de iluminación, los baches y la distancia añadían peligro a un recorrido que debía repetirse todos los días. Por eso, cuando escucha propuestas pensadas lejos del territorio, siente que “les falta calle”. “La gente que está haciendo política pública no habla nuestro idioma. Pueden haber estudiado en la FLACSO, pero no hablan nuestro idioma y eso implica que no logran ver más allá de lo evidente. Les falta calle, porque aquí nosotros vemos las cosas en carne y hueso”.

En medio de esas dificultades vio a su padre organizar a los vecinos. Era sindicalista y trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas. Buscaba maquinaria entre sus conocidos, conseguía materiales y reunía a la comunidad para abrir la calle.

Lola recuerda a los hombres guiando las máquinas y a las mujeres cocinando para sostener la jornada. Cuando algún maquinista decía que trabajaría solo hasta cierto punto, los vecinos respondían:

“

No, es que no va a poder quedar ahí la calle, hay que ir más allá

”

Y esa frase marcó su vida porque había que ir más allá de lo que parecía posible.

La joven que vestía de negro



En su hogar, la organización convivía con la música. Su padre llenaba los armarios de casetes, sus hermanos tocaban instrumentos y ella creció escuchando canciones que hablaban de identidad, política y resistencia. **“Somos una familia de músicos”,** cuenta. Con el tiempo, el rock se convirtió para Lola en una forma de expresar lo que pensaba y de cuestionar lo que se esperaba de las mujeres.

También encontró allí una manera distinta de habitar su entorno. **“La forma de vestir, la forma de actuar y la música que escuchamos aquí es distinta”.** Su presencia contrastaba con los imaginarios del barrio sobre cómo debía verse y comportarse una mujer: Lola vestía de negro, usaba botas militares, llevaba los ojos bien pintados, jugaba fútbol, asistía a reuniones y discutía sobre el futuro de la comunidad. **“Y siendo mujer, complicado. Y siendo mamá, más complicado”,** recuerda. Fue madre a los 19 años, tuvo cuatro hijos y continuó participando en los espacios donde también se decidía la vida del barrio.

Había visto a amigas embarazarse muy jóvenes, abandonar sus estudios y quedar encerradas en sus hogares. Lola quiso cambiar esa historia empezando por la suya.

“

Había que ir generando al menos el imaginario de que sí puedes seguir jugando fútbol

”

recuerda. Formó parte de un equipo, participó en organizaciones estudiantiles y siguió ocupando espacios que parecían reservados para los hombres.

Para ella, el rock nunca fue solo una apariencia. **“La música es parte de eso. Nosotros cantamos, bailamos lo que pensamos, lo que habla de nosotros”.** Esa coherencia también significó defender el derecho de otras mujeres a decidir cómo querían vivir.



Cuando cuidar se convirtió en una tarea compartida



“Esa era la golosina. Los niños quedaban full embelesados, esperando con ilusión un puñado de chochos por haberse portado bien”.

Tampoco entendía la crianza como una responsabilidad que cada mujer debía enfrentar sola. Cuando querían jugar fútbol o bailar, una cargaba al guagua de la otra.



La maternidad acercó a Lola a los problemas que enfrentaban las familias con niños pequeños. A medida que sus hijos asistieron al Centro Municipal Infantil (CMI) del barrio, asumió la presidencia de ese espacio y comenzó a reunir a las madres y a promover una mayor participación de las familias para resolver juntas sus necesidades.

“Armamos el primer taller de arte donde las mamás tenían que construir el traje de sus guaguas”. En lugar de comprarlo o alquilarlo, se reunieron para aprender a elaborarlo. La actividad permitía ahorrar, pero también encontrarse y, a través de un diálogo honesto, reconocer lo que cada mujer sabía hacer.

Después llegó la campaña del chocho. Prepararon un recetario con sopa de quinua, chochos y queso, cevichochos y otras formas de incorporar ese alimento a las comidas.

“Todo con chocho, todo con chocho”. Las madres vendían parte de los productos y utilizaban lo recaudado para apoyar al centro infantil.

En su casa, convirtió aquella campaña en un juego. Les dijo a sus hijos que el chocho era una golosina y comenzó a entregárselo como premio.

“Nosotras estamos criando de distinta manera nuestros hijos en comunidad”

explica. Mientras una encontraba un momento para participar, otra sostenía al niño y después cambiaban los papeles.

Así comprendió que el bienestar de un niño no dependía únicamente de lo que ocurría dentro de su casa. También necesitaba una madre acompañada, alimentos disponibles, un lugar seguro para jugar y un barrio donde las familias tejan redes.



Los hilos llegaron a otros barrios

Las experiencias compartidas entre madres fueron creciendo hasta convertirse en Trenzando Sures, una organización de mujeres indígenas urbanas. Su nombre hablaba de lo que querían hacer: reunir conocimientos y convertirlos en una red capaz de sostener a otras personas.

“

Hemos tenido el objetivo de hacer el equipo de fútbol, hemos hecho el equipo de fútbol. Hemos querido fotografiar a nuestras compañeras, hacer la memoria que posiblemente se vaya perdiendo. Lo hemos hecho. **Hemos dicho: Aquí vamos a hacer un centro de acopio. Lo hemos hecho**

”

Para ella, ser mujer comunitaria es tener **“las condiciones, las posibilidades, los tejidos, la creatividad y el ingenio”**. Es reconocer que una sabe de plantas, otra trabaja con los niños, otra conoce una institución y otra conserva una historia que no debería perderse. Es una jocha constante, una minga en la que todas juntan las manos, los saberes y las relaciones por el bienestar colectivo.

El trabajo de Trenzando Sures pronto se conectó con otros barrios que enfrentaban dificultades parecidas. En 2008, Lola conoció a Cristian Quispe, dirigente de Toctiucó que participaba en procesos de formación y organización ciudadana.

Cristian recuerda que aquellos encuentros buscaban ayudar a niñas, niños y jóvenes, pero también recuperar los vínculos entre barrios. “Se comenzó a formar conjuntamente con Dolores un tejido social”, cuenta. La experiencia de Trenzando Sures se enlazó con la de otras organizaciones y de ese trabajo compartido surgió la Plataforma de Organizaciones Sociales de Quito que, según Cristian, reúne alrededor de 250 organizaciones de Quito y Pichincha para apoyarse mutuamente y articular acciones sociales sin responder a un fin partidista.

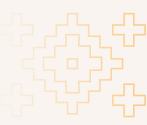
250

Plataforma de Organizaciones Sociales de Quito

Él ha visto en Lola el poder de la convocatoria: reúne a mujeres, personas adultas mayores, pueblos y nacionalidades. **“Ella les ayuda a hacer un tejido social”. Cuando Lola plantea: “Esto vamos a hacer”, quienes trabajan con ella responden: “Listo, vamos a hacer”.**

Así nacieron campamentos vacacionales con arte, títeres, gastronomía, manualidades y excursiones. Más que ocupar el tiempo libre, buscaban que niñas, niños y jóvenes de barrios vulnerables encontraran espacios seguros, se alejaran de los riesgos de la calle y comenzaran a reconocerse como futuros líderes. Durante la pandemia, la misma red permitió organizar ollas comunitarias, intercambiar alimentos y llevar arcilla, juegos didácticos y otros materiales recreativos a los niños que permanecían encerrados. No tuvieron que empezar a buscar a la gente cuando llegó la emergencia: ya sabían quién vivía solo, qué familia necesitaba ayuda y qué organización podía colaborar.

Aunque las mujeres han sostenido buena parte de este tejido, no han trabajado solas. En las mingas y acciones comunitarias también han participado vecinos, dirigentes barriales y hombres que colaboran con tareas logísticas, permisos o gestiones. La red se activa alrededor de las familias y de quien necesite cuidado: niñas y niños, personas mayores, mujeres embarazadas o cualquier integrante de la comunidad.



El barrio que construyeron y el que todavía imagina



En la calle por la que hoy pasan los buses, y que alguna vez fue el chaquiñán que las mujeres recorrían de madrugada, ahora hay recolección de residuos, un centro infantil, servicios de salud y un parque para los niños y las familias.

Lola no mira esos espacios como simples obras. Cada uno cambia algo en la vida diaria: la calle acorta el recorrido hacia el trabajo; el centro infantil ofrece a las familias un espacio de cuidado y desarrollo para sus hijos; el parque brinda a los niños un lugar seguro para jugar.

Por eso, cuando habla de seguridad, no la asocia únicamente con la presencia de policías o patrulleros. **“Para nosotros la seguridad es que la gente esté en la calle ocupando los espacios públicos, que esté en el parque, que esté haciendo bailoterapia. Aquí piensan que mandar el patrullero es seguridad. Nosotros hacemos seguridad saliendo a ver a nuestros guaguas, saliendo a la tienda y preguntando al vecino”.** Una calle llena de vecinos que se conocen y un parque ocupado por familias son, sin duda, formas de cuidado.

Lola todavía mira el barrio pensando en lo que falta. En 2024, después de la pandemia, Trenzado Sures realizó un levantamiento comunitario para conocer las condiciones de alimentación de 100 familias de La Ferro. Encontró que apenas 24 comían tres veces al día y que, entre las restantes, más de la mitad se alimentaba una sola vez. Para ella, esa realidad no puede separarse del desempleo, la pobreza y la falta de oportunidades:

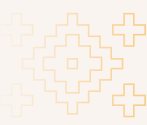
“

Si quieres alimentar bien a los guaguas, no puedes garantizar una alimentación si no tienes trabajo y tienes que comer lo que hay: arroz y huevito

”

Por eso imagina un comedor comunitario donde las familias no solo encuentren comida, sino también un lugar para reunirse. Quiere recuperar la tienda comunitaria para que las mujeres puedan ofrecer sus productos y mantener vivos el arte y los conocimientos de medicina ancestral que conservan las mayores.





También sabe que esos proyectos no pueden sostenerse siempre sobre el sacrificio de las mismas mujeres. Durante años, dice, el trabajo comunitario ha significado **“precarizarnos y autoprecarizarnos”**: dedicar tiempo, conocimientos y recursos propios para responder a necesidades que muchas veces corresponden al Estado, sin recibir reconocimiento ni contar con condiciones suficientes para continuar.

Por eso, el futuro que imagina necesita nuevas manos dispuestas a tomar los hilos. La vida de Lola está hecha de ellos: el padre que insistía en que la calle debía seguir más allá; las mujeres que bajaban al Camal lidiando con los peligros de una calle oscura; los casetes y las botas negras que marcaron su forma de ver el mundo; los hijos que esperaban sus chochos como golosina; las madres que se turnaban para cuidarlos para que otra pudiera dedicarse a algo más; y las organizaciones que aprendieron a encontrarse cuando alguien necesitaba ayuda.

En la Ferro, la trenza que Lola empezó a tejer hace más de 25 años aún no termina. Va hilando las hebras de las mujeres que se organizan, de los jóvenes que toman la posta y de las manos que aparecen cuando el barrio las necesita. Con paciencia y compromiso, ata ese tejido, pues está convencida de que una comunidad no se construye de una vez, sino que se afianza todos los días, durante toda la vida.





Ecuador Crece Contigo

F u n d a c i ó n



**Centro de Análisis y
Seguimiento a la DCI**

Diseño metodológico:
Renata Arequipa

Protagonista:
Dolores Nazate

Investigación de campo:
Estefani Jarrín, Mayra Sánchez, Verónica Salgado

Redacción:
Verónica Salgado

Revisión técnica:
Estefani Jarrín

Diagramación, diseño y fotografía:
ENDGROUP



@EcuadorCreceContigo

www.ecuadorcrececontigo.org